

EL SÉPTIMO CÍRCULO

CAÑONES Y MANTECA

por

NICOLAS FREELING



EMECÉ EDITORES

/ BUENOS AIRES

El inspector de policía Piet Van der Valk se ve envuelto en un caso extraordinario cuando se cruza en el camino de la hermosa hija de un famoso director de orquesta fallecido. Este conciso thriller criminal sigue a Van der Valk en un emocionante viaje a través de lo desconocido.

PRIMERA PARTE

ROZENGRACHT es una calle de Amsterdam. «Gracht» quiere decir canal entre casas. Las casas todavía están allí pero el canal ha sido rellenado, como una concesión al tránsito. Ahora es una ancha y tediosa avenida que parte del centro de la ciudad, llena de tranvías y coches. A mitad del camino se alza aún el elegante edificio del Westerkerk, que es uno de los más hermosos de Europa.

Todas las calles de este distrito tienen nombres de flores y el distrito mismo era llamado por Napoleón, el «Jardín». Una ironía, ya que es el distrito de la clase más popular, el lugar donde, por tradición vive la verdadera «raza» de los ciudadanos de Amsterdam, que son pobres porque son demasiado mañosos para trabajar, que viven gracias a su ingenio y que tienen la imaginación más rápida y la lengua más afilada de toda Holanda. La ironía es oportuna, porque las calles de este «jardín», Palma, Laurel, Lirio y Rosa, son viejas, abigarradas y habitadas por gente de mala vida.

Los holandeses han corrompido la palabra y el «jardín» es llamado en Amsterdam el «Jordaan». Ha cambiado mucho, pero los habitantes de Amsterdam aún creen que aquellos que viven allí no trabajan ni se cortan nunca el pelo y que siguen sucediendo en ese lugar las cosas más extravagantes. Todavía queda un pequeño vestigio, aunque muy pequeño, de los días en que la ley no regía para nada aquí. Hasta el crimen, en el «Jordaan» tiene un sabor cómico.

Van der Valk, inspector de la policía de Amsterdam, que trabaja en el Departamento Central de Investigaciones, caminaba a lo largo de la Rozengracht y alzo sus ojos, con el mismo placer de siempre, hacia la Torre Wester. Los bajó, vio una patata sobre el pavimento y con alegría le dio un tremendo puntapié.

Lo que tiene de bueno esta piojosa ciudad —pensó— solo se descubre cuando uno ha estado lejos de ella. Digamos por ejemplo, un fin de semana al aire libre. Uno regresa y piensa: ¡Bah! Que lugar inmundado es este. Orinales públicos por todas partes, menos donde uno los necesita, por supuesto. Todo sucio de tierra, de cáscaras de bananas arrojadas allí por nuestras encantadoras criaturas y un espantoso olor a repollo por doquier. En cuanto a los canales, el Naussaukade olía como Camembert podrido esta mañana. Sin ninguna sorpresa había llegado al canal Singel. «Mire eso. Como sopa». Lleno, tal vez, de herrumbrosos y viejos cochecillos de niños; nuestros deliciosos habitantes de Amsterdam son casi tan indisciplinados como los parisinos y casi tan sucios como ellos, gracias a Dios. Odiaba el aseo de los alemanes. ¿Quién quiere agua limpia, de todas maneras? Viven muy bien en Venecia sin ella. Hum, los Jordaaneses, en los viejos tiempos, solían emborracharse y arrojar-se en ese canal. Demostraría ser muy valiente el hombre que lo hiciera ahora.

Sería hermoso tener algunas esculturas para darle vida a estas calles. Pero, pensándolo bien, mejor no. Los holandeses no son buenos escultores. Cuando intentaron algo, el resultado fue ese horrible y enorme falo de concreto frente al Krasnapolsky. De todas maneras, si hubieran estatuas, éstas estarían siempre cubiertas de suciedades de palomas.

A la nariz le llegó un enfermante vaho de grasa desde un bar donde se vendían croquetas.

¡Qué ciudad! Nada hay que no huela. Hermoso país, después de todo ese maldito aire puro.

Empezó a caer una pequeña y pegajosa lluvia, para mezclarse con todos los olores. Ya lo había presentado. El dolor reumático en su cadera izquierda lo había torturado toda la mañana.

—Debemos vigilar nuestros riñones —le dijo a su figura reflejada en la vidriera y desapareció, agradecido en una taberna.

La suya era una profesión divertida, pero para él, éste había sido un día aburrido. Una pelea callejera en el Noordermarkt fue solucionada por agentes de la sección perteneciente al Jordaan, fue sólo veinte minutos después, cuando el conductor del furgoncito descubrió que le habían robado tres o cuatrocientas liras en tapados de pieles por la parte posterior del vehículo. El origen del tumulto fue un fuerte topetazo que un camión le dio en el paracolchete. El impacto hizo que saltara el seguro de la puerta. Alguien se alzó con las pieles; alguien que tuvo más sentido, y que no se unió a la pelea y a la discusión que provocó ese polvoroso beso metálico. Y las levantó con toda calma y limpieza; nadie se dio cuenta de nada. Estaban demasiado ocupados, por supuesto, en mover sus brazos y expresar sus opiniones. El conductor del camioncito que tenía el labio partido y una oreja estropeada, estaba loco de atar. También lo estaba la compañía de seguros; el labio se curaría y sólo ellos serían los perjudicados. Pero Van der Valk, después de escuchar con desilusión una cantidad de mentiras monstruosas, no estaba loco de atar, sino solamente muy aburrido.

No debía de tomarlo así, reflexionó. ¿Qué gusto tendría el gin, (una nueva fantasía suya) si se le pusiera azúcar y se le agregara agua tónica? (Debía ser asqueroso). El transporte era la clave. Los abrigos habían sido embutidos en el coche de alguien o en un triciclo de reparto. Al demonio; siete abrigos de piel: no puede uno ir llevándolos sin atención colocados en el brazo. No en el Noordermarkt, ni a mediados del mes de mayo. También podían haberlos metido

apresuradamente en el contenedor de residuos de cualquiera, allí mismo, a la vuelta de la esquina. Por cierto no le interesaba; eso era para él una payasada.

Aparte de los del seguro, que era el tipo de personas que él despreciaba porque hacían dinero a costa del miedo y de la voracidad de otros, ¿a quién podían interesarle las piojosas pieles de algunas prostitutas enriquecidas?

En cuanto a ese caso italiano que había sucedido la noche anterior... esas eran personas y un caso algo más interesante para él.

Interesante, aunque no representara ningún problema especial. Era tan claro como la luz del día. Tres italianos — estamos llenos de italianos acá en estos días— habían estado caminando a lo largo de la calle Leidseplein en compañía de una chica holandesa. Frente al edificio Hirsh, algunos muchachos de esos que suelen estar parados en las esquinas —por lo menos fueron seis— habían expresado su opinión al ver a la chica holandesa escoltada por los italianos, y lo habían hecho en voz alta y en términos bastante vulgares. Indignación italiana. Agresión de los de la esquina. Choque de temperamentos y nudillos. Uno de los muchachos italianos perdió la cabeza y sacó un cuchillo. Resultado: uno de los otros recibió una mala cuchillada en el muslo y había sangrado mucho. La policía avanzó a grandes pasos y ahora todo el lote estaba sentado en el calabozo. Menos la chica. Nadie encontró una causa para detenerla, a pesar de que había cacheteado a uno de los provocadores, metiéndolo en la vidriera de una florería.

Van der Valk se interesaba en estas flaquezas humanas, pero su interés creció cuando oyó el nombre de la chica. El agente Westdejk lo había anotado en su libretita: alteración del orden y la tranquilidad pública. Van der Valk estaba parado tomando un café, sin hacer nada, aburrido, cuando el nombre fue pronunciado.

—Lucienne Englebert —dijo el agente Westdejk trabajosamente—. ¿Qué nombre es ése? ¿Belga? Hablaba el ho-

landés muy bien. Pero no es un apellido holandés, ¿no es verdad?

Van der Valk fue sarcástico.

—Usted quiere decir que ella no puede ser holandesa porque no tiene un apellido como por ejemplo Keeke, o algún otro que suene a aves de corral.

Westdejk se calló con prudencia. Van der Valk era un inspector de más antigüedad y un oficial de mucha más categoría que él. Sin embargo, su carácter peculiar era conocido por todo policía en Amsterdam. Palabras bruscas como éstas, sobre el provincianismo y el aislamiento de los holandeses habían provocado sospechas y recelos en sus compañeros de trabajo.

Y estas indiscreciones —un aparente desdén a los prudentes acatamientos del calvinismo holandés— habían dañado su carrera impidiendo su ascenso.

Sin embargo, el Procurador general —y cuando él habla, se le escucha— había dicho una vez, aunque algo mordazmente, que no era malo contar con un policía con imaginación. Después de esto había notado entre sus superiores una inclinación creciente a disculpar un poco su disconformidad y hasta permitir sus enormidades. En venganza, era tratado con disimulo como un bufón. Se admitía que, ocasionalmente, era inteligente. Pero él sabía muy bien que nunca sería nada más que un inspector de policía.

Se le dieron los asuntos más peculiares. Cualquiera con un nombre difícil o una ocupación curiosa. O que hablara otro idioma. ¿Acaso no había dicho que el holandés era un lenguaje especial para que las granjeras llamaran a los polluelos?

Pero sus superiores habían dejado de odiarlo. Ahora, meramente, lo desaprobaban. Daba un mal ejemplo a los jóvenes pesquisas, sin lugar a dudas, pero en muchas cosas demostraba su competencia.

Era tal vez, por lo tanto, el único policía en Holanda que podía beber estando en servicio, reírse a gritos y no usar

trajes grises y corbatas a pintas. ¿Comprendieron en alguna forma que a él esto le importaba un pito? ¿Consiguió, aunque de mala gana, una especie de respeto?

Extranjeros, chiflados, artistas. Cualquier cosa que les resultara difícil a los otros. Al fin de cuentas, era útil un tipo que leía poesía, hablaba francés y hasta un poco de español, tenía que ser útil. En cuanto a los italianos, se los dieron como una cosa natural. Todos junto con Lucienne Englebert. No necesitó pedírselos. No tuvo por qué mencionar que ya la había visto en otra circunstancia.

Cuando, años después, hizo el sumario de todo el caso (existían meses, hasta años, entre los diferentes episodios) y hubiera necesitado un eslabón que los conectase, podía haber escrito: «Las diferentes circunstancias en las que vi a Lucienne Englebert». Pero ese no es título para un libro. De haber tenido mejor gusto literario podría haberlo llamado: «El romance». Porque toda, desde el principio al fin, fue una historia romántica. Él mismo se dio cuenta, mientras duró, que estaba actuando en una forma absurda y sentimental.

Estuvo muy tonto, y eso no cuadraba a un buen policía. Estos no son nada románticos. Debemos añadir, con justicia, que él hizo un esfuerzo para tratar de entender esta aventura. Hasta su calificación privada para el caso fue novelesca. Lo llamó «Los talladores de diamantes». Vio cada personaje como un diamante que corta a otros en facetas, es a su vez cortado y arroja luz y destellos y extraños fuegos.

La primera vez que vio a Lucienne Englebert fue hace seis meses. Iba conduciendo con juicio su coche por la avenida Utrecht. Adelante, en el camino había una visible bifurcación y pensó que el Citroën gris lo había adelantado a demasiada velocidad.

Cuando el camioncito Volkswagen, —con su poco eficiente conductor, un muchacho carnicero—, le salió al paso casualmente, se detuvo, dudó y luego embistió al Citroën gris de lleno en su nariz de tiburón, tuvo tiempo de decirse a sí mismo, mientras frenaba, que no estaba sorprendido en lo más mínimo.

La chica tenía un corte en el cuero cabelludo que le sangraba poco. Estaba semiconsciente, pero no parecía malherida. El muchacho carnicero, simplemente era un chorizo. El hombre estaba encogido bajo el volante del Citroën, como una bolsa vieja. ¿Podría hacer algo? Lo dudaba. Tenía graves heridas en el pecho. Mal pulso. Mal color, respiración muy mala, pobre reflejo a la luz. No había que moverlo. Pero mientras esperaba la ambulancia y el veloz coche de la policía, Van der Valk hizo lo que pudo. La billetera del herido le dio un nombre: Arnolf Englebort. Lo sabía. Había visto su cara muchas veces en los sobres de los discos. Un director de orquesta. Muy bueno, a la par de Mahler. ¿Volveré alguna vez a disfrutar de esos discos? Muy buen estilo, como el de Walter.

Inesperadamente, los ojos se abrieron y tentaron un foco borroso. Poco a poco trataron de hacer un pequeño movimiento. Los músculos del cuello todavía funcionaban. La laringe, la faringe, hasta los labios. El cerebro aún accionaba un poco.

—He chocado —dijeron los labios, en alemán.

—Sí.

—Y estoy muriéndome.

—Sí.

—Trate de perdonar mis pecados —no había ironía en su voz.

—Haremos todo lo posible. Están ya en camino.

—¿Mi hija?

—Está bien. Solo una cortadura pequeña, nada más.

—No tiene importancia. Todos vamos a morir. No duele.

—Soy un policía. ¿Puedo tomar algún mensaje o hacer algo por usted?

Los ojos pensaron.

—No. Pero gracias.

Hubo de golpe un destello de humor.

—*Sea absoluto para con la muerte* —dijo la voz en inglés.

Las palabras le eran familiares. Sin embargo, ¿dónde las había oído? Pero la voz no le dijo nada más: el hombre se había deslizado hacia un mundo de recuerdos y tal vez de contrición.

—Es perder el tiempo —opinó el policía del lugar inclinándose sobre el capot de su pequeño Porsche y mirando a Van der Valk con aire de profesional—. Es imposible sacarlo de allí sin matarlo.

—Todo ha terminado —dijo el hombre de la ambulancia—. Costillas rotas y toda clase de lesiones abdominales. Ruptura del brazo y tal vez del hígado. No tiene remedio.

Y por cierto murió, en silencio, un cuarto de hora después.

Llevaron a la chica al Hospital Académico de Utrecht. Sólo sufría un shock, contusiones y una leve conmoción. La cortadura necesitó tres puntadas.

Cuando llegó a su casa, Van der Valk buscó la referencia: *Medida por medida*.

—«La vida o la muerte así, será más dulce». Muy tierno —le dijo a su mujer, que entraba trayendo arenques con avena—. ¿No hay una traducción de Shakespeare?

El inglés de Arlette era bueno, pero no muy literario. Shakespeare la derrotaba.

—Se supone que hay una muy buena en ruso.

—Eres una gran ayuda.

—La francesa no vale mucho. Mejor que se atengan a Racine.

Arlette saltó en seguida en defensa de su Francia.

—Estoy segura de que es bastante mejor que la traducción holandesa.

—Eso no quiere decir mucho. Los holandeses sólo leen *El Mercader de Venecia* y eso sólo con objeto de aprender sobre los métodos comerciales de los venecianos. Triste desilusión para ellos.

Estuvo muy ocupado entonces; demasiado ocupado, como para averiguar qué sucedió con Lucienne Englebert. Ahora tal vez pudiera averiguarlo. La visitaría. El agente Westdejk tenía su dirección escrita con prolijidad en su pequeña libreta.

Era un enorme edificio cerca de Roelof Hartplein; edificio pesado y aterronado del tipo de los que afean todo el Amsterdam Sud. Un piso enorme y bastante sombrío. Y una muy hostil recepción.

—¿Quién es usted? Por supuesto, un policía. Me figuro que no puedo prohibirle entrar, pero ni piense que lo voy a invitar a sentarse.

Lucienne Englebert tendría diecinueve años. Era rubia y delgada; un carácter arrogante; clásica, violenta y ahora eléctrica de furia. Decidí que tenía que hacer algo para desarmar a esta paracaidista, esta doncella de la luna; podría querer atacarlo con un cuchillo.

—Su padre habló conmigo poco antes de morir. Yo estaba allí por casualidad. Me dijo que fuera *absoluto para con la muerte*.

Se suavizó un tanto.

—Era algo que siempre decía. Pero eso no tiene que ver con usted.

—Yo ayudé a sacarla de aquello.

—Entonces supongo que debo darle las gracias. ¡Al diablo! Siéntese entonces.

—¿Era él absoluto para con la muerte?

—Sí. Le gustaba manejar muy rápido. No quería morir en la cama, como hizo Kleiber. Él quería morir trabajando. Erich también lo hizo.

—¿Es mejor entonces morir en una calle, en las afueras de Utrecht?

—¿Mejor que qué?

—Que en un cuarto de hotel en Zúrich.

—¿Usted sabía eso?

—Lo leí.

—Fue el mejor amigo de mi padre.

—Cada vez que podía iba a sus conciertos. A los de su padre también.

—Cuando era chica, era mi héroe máximo. Ahora la cosa estaba mejor. Aún no se había sentado. Miraba en derredor. Había desarmado sus hostilidades, ¿podría ahora establecer una especie de armonía?, ¿inspirarle un poco de confianza? En el gramófono vio un disco de la Piaf; lo levantó.

—También me gusta ella. Este no lo conozco.

—*C'est formidable.*

—¿Conoce ese sobre el acordeonista? Ese en que ella grita ¡Pare!, al final.

—«Pare la música». Sí. Pero ese es muy viejo. ¿Usted bebe? —añadió la invitación abruptamente, como si estuviera avergonzada de haber sido tan ruda antes.

—Sí. Pero por desgracia, tengo que hablarle, por un poco de trabajo.

—Supongo que no puede evitarlo —dijo pensativa. Le ofreció un cigarrillo, que ella tomó sosteniéndolo entre sus labios como un hombre. El gran piano aún estaba en el centro de la habitación. Sobre él se veía una fotografía de su padre trabajando. En la parte inferior de ella estaba escrito: *Freischutz* Viena. Se notaba que Lucienne había admirado a su padre. Buena señal.

—*Freischutz. Fígaro. Fidelio.*

—Sí —dijo con afecto—. Los tres grandes de Erich. Usted es una persona menos limitada de lo que yo creía —terminó reflexivamente. Estaba sirviendo un vaso de vino blanco, y lo hacía con gracia; era una buena anfitriona cuando quería serlo. Y se movía con una dignidad y una libertad que Van der Valk encontraba muy agradable. El vino, alemán, no era dulce, lo que le resultó también muy agradable.

—Muy bueno —dijo con sinceridad—. Usted sabe que podía haberse evitado todas estas molestias. Es como la picadura de un mosquito, pero no deja de ser una incomodidad. Todo se magnífica. Sale en los periódicos y adquiere una importancia fuera de lo común.

—Fui insultada —dijo Lucienne de pronto— y los muchachos, que, siendo italianos, tienen educación, se sintieron agraviados. ¿Es eso un crimen?

—Insultada... vamos —dijo Van der Valk consolador—. Usted es muy susceptible, Mademoiselle; no era necesario. Estaban sólo tratando de que los italianos pisaran el palito.

—Pero usaron un lenguaje asqueroso.

—Comprendo que usted no esté acostumbrada a ellos como lo estoy yo, por ejemplo. Si los conociera mejor vería que estos granujas viven toda su vida con una necesidad de insultar, para sentirse respaldados, según ellos creen. Simplemente no encuentran nada mejor que odiar a cualquiera con mejores maneras y más educación que la que ellos tienen. Pero es una niñería tomarlos en serio. Eso es lo que buscan: provocar esa reacción. Pero el que sean infantiles no es una buena excusa para que usted lo sea también. Sin embargo... se trata de esos muchachos. Usted estaba con ellos; el por qué, no es nada que me incumba. Pero ahora están en dificultades... por lo menos, uno de ellos. Aún no los he visto. Pero hubo un juego con un cuchillo.

—Ese tonto de Nino —dijo con una cómica expresión maternal—. Es sólo un niño.

—Exactamente. Pero jugando con tijeras o con cuchillos. Es un peligro para la vida de los demás pequeños. El oficial armará un alboroto tremendo a causa de ese cuchillo, y el juez tal vez se vea inclinado a tomarlo en serio. Los otros dos sólo serán multados con un par de libras por escándalo, pero se les dirá, sin embargo, que si llegan a meterse de nuevo en dificultades, se les cancelarán los permisos para permanecer en el país. Como ve, eso es más simple que una sentencia en suspenso o cualquier otra cosa. La deducción es: no anden en público con chicas holandesas. No es apropiado.

Sus ojos relampaguearon.

—Pues yo haré lo que no sea apropiado. Y a aquellos que no les gusta, *je les emmerde*.

Él se rió.

—Estoy de acuerdo con usted y cuántas veces he dicho lo mismo. La dificultad estriba en estar en un país extranjero; uno debe mostrar más tacto que en su propia casa. Y en particular en Holanda. Somos muy sensibles. Cosas que pasarían desapercibidas en Francia o en Alemania, aquí causan escándalo. Somos de mente estrecha e insulares: ya debía de saber esto. Usted no está implicada, por supuesto. Nadie le dirá nada. Tal vez el juez la mire por sobre sus anteojos, desaprobándola.

—Porque soy holandesa.

—Incómodo, ¿verdad? Así me he sentido muchas veces.

—Pero estoy en Holanda. En mi país. Nadie debe decirme con quién puedo salir.

—Nadie trata de hacerlo —dijo Van der Valk con tranquilidad—. Sólo estoy sugiriéndole con gentileza, que si usted es menos irritable, sus compañeros encontrarán más fácil la manera de ser prudentes. Usted es inteligente; ya verá que es así.

Ella se quedó en silencio. Él estudiaba lo que había alrededor de él. Se veían varios objetos de valor que parecían ser obsequios. Englebert fue brillante; más aún, había sido

muy conocido y un músico admirado. Algo dramático, quizás. Un tanto teatral. Pero bueno. Había ganado montones de dinero, pero se va fácil lo que entra fácil. Gran cazador de mujeres, con su figura elegante y llamativa. ¿En qué forma podía esto haber afectado a su hija? ¿Se había dado cuenta, tal vez, de que todo ese mujerío podría ser la causa de que la música de su padre tuviera un leve toque de cosa espúrea, una sugerencia de insinceridad?

En marcos de cuero de cocodrilo y pitón había muchas fotografías de mujeres. Plata, cuero, cristal por todos lados. Una atmósfera de riqueza vulgar y ostentosa.

—¿Es su madre alguna de esas mujeres?

—No. Todas fueron amantes —respondió la muchacha, indiferente—. Después del período de luto oficial, voy a tirar todo el lote afuera. Para mí no significan nada y no tengo interés en contemplarlas.

Malo. Todas esas mujeres y ninguna esposa. ¿De cuál sería hija ella? ¿Quién manejaba el departamento? ¿Quién era el responsable de ella, ahora que su padre había muerto? ¿Viviría su madre aún? Deseaba saberlo. Ella pensaría que era un entrometido ignorante, pero no le importaba. Su tarea era satisfacer sus instintos de policía y algo sobre esa chica lo preocupaba.

—¿Dónde está su madre? —preguntó a quemarropa pero con tono neutral. Le desagradaba el tono intimidatorio y censurable del policía vulgar.

Permaneció imperturbable.

—En Sud América. En México tal vez. O en California... creo que tiene una visa válida de los Estados Unidos. No me interesa dónde pueda estar.

—Ahá. Así son las cosas.

—Así son —asintió con gravedad.

—¿Quién se ocupa de la casa por usted?

—Una mujer que viene a diario y que mi padre empleó; tenía devoción por él.

—¿Y quién paga las cuentas?